

¡AY, ANTONIO PEREIRA!

Antonio Piedra

No puedo creerme aún -la noticia me la dio de golpe mi buen amigo de ABC José María Ayala- que Antonio Pereira nos haya dejado sin pronunciar un enjeco en la mañana de ayer, 25 de abril, tan próxima al día de Villalar y tan lejos de lo esperado. Imposible. Y ello porque Antonio Pereira era de los pocos amigos que uno tiene por el mundo y del que nunca te despides formalmente. Y es que el adiós de Antonio no era un adiós enfático, sino una llamada inmediata, un hasta luego conmovedor, una alegría del porvenir que siempre te abrazaba. Me parece imposible que una brizna de mañana le haya atravesado el corazón en primavera y se lo haya llevado como una pasión encendida, como una vela mística amarrada a un lamento cualquiera.

Pero esa es la realidad. Y sin embargo la vida y la obra de Antonio Pereira, por mucho que nos impresione su muerte -y a mí me ha conmovido como amigo y confidente-, son más poderosas que cualquier treno. Tenía el arrastre de un leonés vital, una gracia andante, una chispa contagiosa, una bondad suma, una ironía derrochadora, y una mirada de paisaje con lantía.

Y todo ello envuelto en una palabra cálida, cercana, encubridora y reveladora, huérfana y rotunda. Así que cuando todos estos reclamos de la persona se vertían en un cuento o novela, la vida parecía otra cosa, las tragedias se convertían en fascinantes razones, y las razones en una potestad del alma, en una justicia del hombre. Escribía historias para vivirlas con sencillez.

Y lo hacía en la vida práctica con una elegancia suprema. Una vez, me tocó lidiar con él una de esas mesas redondas en las que uno se agarra a la metafísica para salir del paso. Me puse trascendente y acabé con la perogrullada del siglo: que la posteridad literaria no dependía de la obra en sí, sino de la benevolencia de un asteroide que en un minuto podría borrar las veleidades humanas. Pereira me remató con una impresionante bola de break: «con el permiso del meteorito de Antonio Piedra espero contarles a ustedes una historia sencilla». Y la carcajada se tragó enterita a la metafísica.

Castilla y León acaba de perder a uno de sus narradores más libres y prósperos. Y también a un gran poeta, género que fue eclipsado por una narrativa más celebrada y contundente. Como narrador o como poeta, da lo

mismo, Pereira ocupará un lugar destacado en la literatura española contemporánea. Como amigo, estará siempre en ese lugar privilegiado de las grandezas sin tacha. Ay, Úrsula, qué difícil para ti este vacío tan temprano.